

jorge medina vidal

tres poemas inéditos

Con la publicación de "Harpya destructor" (Alfa, 1969), la poesía de J. M. V. llega a un punto de madurez donde vuelve a desarrollarse en un ciclo más amplio, más ambicioso, la temática clave de sus seis libros anteriores. Tal vez el ya en vías de publicación —una antología que estará a cargo de una conocida editorial argentina— sea la oportunidad para poder nutrirse en pleno de ese suceso poético —el único, por cierto, que existe en la médula de cada creador— ampliado a través de consecuentes círculos concéntricos, donde la muerte, la vida y la oración van desprendiendo formas nuevas del canto.

Los poemas que ahora presentamos pertenecen a un ciclo reciente, irrefrenable, prometedor de otra síntesis plasmada en ese tono original —casi silente y claroscuro— fruto de su palabra.

poema como canto

I

Con el Canto inicio lo tuyo,
verdor silencioso que trepa en la muralla
pared o emblema del ayer en que tu
y yo
centralizamos toda génesis y la cerramos.

Si mi hora del Padre es esta
levantaré por última vez la garganta
a la nube
y las palabras como alimento para otros.

Y eres irrepetible como la Noche, no toda noche
sino aquella del verano adolescente
cuando silbábamos entre los árboles al oscurecer
la vida de la tarde,
y nos dijimos: La felicidad te pertenece
yo que abracé tu frente aunque persiga el viento
no estaré en la locura,
no estoy en la locura.
Porque volcamos lava de aire sobre los caminos
encaminados hacia la nada.

“Mostramos al extranjero las manos unidas
y fundamos la última galaxia,
pero los cortesanos ambientados
en la antesala
urgentes por horadar con ojos
la alcoba imperial, rechazaron con gestos
y silencios
lo que por un instante vieron”.

Te reconozco padre silencioso y te asesino
en la plenitud de nuestros hermanos.
Porque somos tan sólo máscaras del amor
y otros se amaron detrás de aquella vida
que se llamó— nosotros—.

II

Siempre fue así la raza.
Con espléndidas voces rodeó la mano del que crea
y no se separa.
Distraemos del caos luciérnagas, los peces como espadas
los árboles de frutos amarillos.
Belleza de tus hombros cayó como una sed
de perfumes
de plantas y animales,
y de humores humanos radicados en otros enigmas
más duros que el educado olfato.

Acercamos los cuerpos, el cuerpo dado.
Jardín donde no quedan palabras casi efluvios
para mostrar los sitios
el sitio
los senderos
jardín para las claves de las altas usinas
donde mana el caer de otra risa.

nocturno

II

Estuve en un corral aspirando con ansias
el olor de los cerdos.

Sus aires lentos, sinópticos de todo lo que puede
definirse viviente.

Y como droga-madre batían un silencio de orines
y subía a los ojos la pendencia de patas
hundiéndose en el barro,
la maldita carne de la Sonata.

Y en el centro de todo había un árbol
cuya última yema la llamamos
—morirse—.

Eran cerdos de aquí, alejados del huerto de las viñas, que invaden
cercos dolorosos, muerden el impensable acónito, el jacinto, las cosas
de la tierra suavemente ofrecidas al labio.

Ahora estoy sin poderme dormir
un solo sueño,
amar un solo nervio,
destacar una sola analogía.
Estoy en la aduana del verso
recordando
la agradable compañía
en su triste crianza de vida vegetal.
¡Ellos hacen gratisima la noche!

Ahora sé que pueblan un reino celular
que se propaga
y el porquero está lejos y no sueña
su tesoro de bienes.

Ya los siento como un cerco de niebla
a la que aspiro,
porque no quiero el sol, ni el aire o nada

y temo en la mañana el gran silencio

temo el principio oscuro de la rosa

temo llegar al ceniciento rostro donde la risa estorba

temo escuchar de nuevo aquellos ruidos que hizo mi alma al encarnarse.

la muchacha y el pájaro

III

Un pájaro en su jaula de noche hace que
canta,
finge que agriede el sueño que lo domina
siempre,
más allá de su inmensa bravata de proteínas
grises.

La niña que poseía un cuerpo sin porvenir
escucha
o no,
el canto
frought with consequences
ese diluvio oscuro de otoñal duración
y mira y mira.